

«*Fingere*», un arma de doble filo para *Lucrecio*

Enrique OTÓN SOBRINO

Universidad Complutense de Madrid

Lucrecio que quiere ser, pese a sus posibles contradicciones espirituales, un epicúreo de ley, se apresta con todo brío a cantar las excelencias de la doctrina y se empeña en la polémica contra las otras escuelas, con el fin de mantener a toda costa la inalterable certeza de un saber que ha sido legado a la doliente humanidad por el mejor de los hombres. Recurre, por ello, a distintos procedimientos de ataque o de justificación, como la reducción al absurdo, las alusiones veladas, mucho más contundentes por su aparente inconcreción, el menosprecio evidente hacia las tareas del pensamiento y la reflexión, encauzadas en el ámbito de una especulación autónoma, o sea sin tener en cuenta la primera e infalible información de los sentidos, la condena sin paliativos del conocimiento que se mezcla con la admiración y el empleo de palabras cargadas de fuerte significado beligerante y, precisamente, una ilustración de este último procedimiento puede ser el verbo *fin gere*¹, cuyo uso por parte de Lucrecio nos hace ver (en el sentido más genuinamente epicúreo de «ver») que nos hallamos ante una doctrina rigurosamente dogmática, poco dispuesta a escuchar la argumentación de cualquier otro filósofo, y que está convencida de que su inalterabilidad es prueba de verdad, verdad que ya no podrá situarse ni en el poder ni en la penetración del discernimiento y de la especulación, sino que depende por entero del *veridico ex ore*² del profeta.

Sólo en muy escasas ocasiones *fin gere* aparece utilizado con un sentido inocuo en el *De rerum natura*. Efectivamente, un uso circunscrito al pro-

¹ *Fingere*, según los datos de la concordancia, elaborada por L. Roberts y editada en 1977, aparece veintiuna veces, en tanto que *adfingere*, su único compuesto en *De rerum natura*, se documenta en dos ocasiones.

² En VI, 6.

pio ámbito del quehacer poético se documenta en la serie de preguntas retóricas que van configurando el «adynaton» del elogio de Epicuro a lo largo del prólogo del canto quinto y, concretamente, en su verso tercero: *quisve valet verbis tantum qui fingere laudes / pro meritis eius possit qui...*, donde el significado de «forjar», «redactar», «componer» está referido a la tarea del escritor, sin que pueda rastrearse en la palabra ningún tinte polémico. Tampoco en su protesta de ortodoxia: en efecto, ésta aparece en el prólogo del libro III en su verso cuarto y suena así: ... *inque tuis nunc / ficta pedum pono pressis vestigia signis*, donde es evidente el deseo del poeta de ajustarse en todo a la prédica de Epicuro, recurriendo así a la imagen del camino recto hollado con la atención del espíritu sumiso a las enseñanzas y presupuestos del fundador. Otro tanto, en punto a la carencia de hostilidad de *fingere*, puede afirmarse del III, 554-557: *sic animus per se non quit sine corpore et ipso / esse homine, illius quasi quod vas esse videtur / sive aliud quid vis potius coniunctius ei / fingere...*, pasaje en el que encontramos un proceso mental de imaginación o suposición (empleando los términos con toda cautela) que el maestro permite a su discípulos con vistas a una comprensión más cómoda y nítida de la materia explicada. No hay, creemos animosidad ninguna en la expresión. Sin embargo, que lo aquí consentido debe ser estrictamente cotejado con los principios doctrinales queda patente cuando el escritor se encuentra con otros ejercicios de la imaginación que traen como consecuencia de su independencia respecto de los sentidos un falso conocimiento y la supresión de la serenidad del hombre, víctima de su misma fantasía. Tal situación de extravío se produce siempre que el ser humano muestra su proclividad a dar la preferencia a los datos de su elaboración interior frente a los sentidos, como gusta de repetir el epicureísmo de forma un tanto insistente, recordamos. Creemos que para indicar una contraposición entre lo que se da en la realidad y lo imaginado, puede servir el *ficto... amore* de IV, 1192 que señala, por contraste, la intensidad del sentimiento de la mujer en el vértigo de una pasión real. Pero la preocupación del epicúreo por los peligros de la imaginación, Lucrecio la muestra de raíz en su advertencia respecto de los sueños, tan teñidos de la parlería de los vates y que leemos en I, 104-105: *quippe etenim quam multa tibi iam fingere possunt / somnia quae vitae rationes vertere possint / fortunasque tuas omnis turbare timore!* Ciertamente, la patraña de los poetas³ puede forzar al

³ En I, 102-103: *Tutemet a nobis iam quovis tempore vatum / terriloquis victus dictis desciscere quaeres*. Nótese la tensión *tutemet a nobis* con la idea más o menos implícita del extravío; *terrioloquis dictis* juntura que se opone, de una parte, al carácter dogmático cobrado por *dictum* cuando se refiere a la enseñanza de Epicuro en el poema de Lucrecio y tan bien captada por el autor del *Catalepton* en su *docta dicta Sironis*, y, de otra parte, *terrioloquis* que se contrapone al epíteto del poema, *suaviloquenti* (I, 945 y IV, 20). Todo esto debe ponerse en relación con todos los términos que aluden a la «dulzura», al «encanto»... que cuadran bien con el epicureísmo propiciador de la «ataraxia». Por citar algún caso, I, 28: *da dictis*,

hombre a imaginar como reales cosas irreales y dar así al traste con la «ataraxia», único bien deseable⁴ y objeto principalísimo de la prédica de Lucrecio. La descalificación del proceso aludido en *fingere* es notorio. Solamente hay que prestar fe al contenido de revelación legado por Epicuro tras su viaje allende las llameantes murallas del mundo⁵. Pero no es únicamente en sueños cuando puede producirse esta desviación, sino que en la vigilia el hombre propende a caer en una exageración de su propia experiencia y trastoca así la realidad sensible en aras de su propuesta, nacida de la misma imaginación: tal prevención la encontramos en VI, 676 y siguientes: ... *et omnia de genere omni / maxima quae vidit quisque, haec ingentia fingit, / cum tamen omnia cum caelo terraque marique / nil sint ad summam summam totius omnem*. Como se advierte en seguida, hay aquí por parte de quien efectúa la operación aludida por *fingere* una transgresión de la canónica epicúrea. Es muy ilustrativo al respecto el hecho de que en este pasaje Lucrecio haga referencia al cielo, el mar y la tierra: alusión a estas tres zonas suele indicar, cuando aparece, momentos muy importantes de la doctrina que en ningún caso deben quedar preteridos⁶. También la imaginación trae peligros en cuanto a las consideraciones que el hombre, arrastrado por ella, se hace en cuestiones relativas al más allá. Aquí, al igual que en los sueños, el individuo se juega la «ataraxia»⁷; de

diva, leporem; V, 50, donde se ensalza a Epicuro gracias a sus *dictis* que, en VI, 24 (eco de VI, 4), son reseñados como los *veridicis... dictis*. La dulzura de las enseñanzas de Epicuro tiene su correlato en la miel, por ejemplo en I, 947. También la fatiga de la búsqueda de la expresión adecuada es dulce en II, 730 y III, 419). El propio poeta califica sus versos de este tenor y así leemos *suavidicis... verbis* en IV, 180 y 909, lo cual nos parece la más rotunda desautorización espetada a los *terrioloquis... dictis* aquí mentados.

⁴ *Bonum summum quo tendimus omnes*, leemos en VI, 26. ¿Habrá en esta expresión algún rescoldo de antiplatonismo, que ya ha hecho su aparición en la discusión sobre el alma?

⁵ ... *et extra / processit longe flammantia moenia mundi / atque omne inmensum peragravit mente animoque, / unde refert nobis victor quid...* Repárese en cómo el discípulo repite, en menor escala, el proceso llevado a cabo por el maestro: *peragro* dice de sí mismo Lucrecio en I, 926 y IV, 1; y también la tensión de 62-63, *vita iaceret / in terris oppressa gravi sub religione* con el movimiento de elevación, *nos exaequat victoria caelo* que cierra la descripción del viaje de Epicuro en este canto primero. Téngase en cuenta también respecto del viaje de Epicuro, III, 16-17 y, para su consecuencia teológica, véase la nota 8. Nótese, finalmente, la ironía que cierra el pasaje *religio pedibus subiecta vicissim / obtetur*, la «religio» dominadora es ahora dominada.

⁶ Sin ánimo de agotar el catálogo: I, 278, sobre que los átomos son invisibles; I, 340, acerca del vacío; I, 820, en la discusión contra Empédocles; I, 1014, acerca del infinito; II, 1063, acerca de la infinitud del universo; II, 1154, desarrollo y decadencia del mundo; IV, 203, rapidez de los «simulacra»; IV, 783, acerca de la celeridad del pensamiento; V, 67-69, que el mundo es mortal; V, 92, el fin del mundo se producirá por disgregación de la actual combinación atómica; V, 115, que no somos eternos; V, 431-434, de los torbellinos atómicos, y V, 594, del tamaño de las estrellas. Las especificaciones sólo quieren tener carácter de ilustración y en algunas de ellas somos deudores de las entradas que de estos pasajes figuran en la traducción española del poema efectuada por Valentí Fiol.

⁷ Ningún temor a la muerte. Dice Epicuro en su carta a Menedemo: «Por lo cual es insensato aquel que dice temer la muerte, no porque le dolerá cuando haya sobrevenido, sino

ahí la censura a ciertos ejercicios de la imaginación que se condenan en el canto tercero. Este exceso se condensa en III, 870 y siguientes, en especial la afirmación *et illum / se fingit* de 882-883, desaprobando sin remisión los terrores sufridos por el individuo amedrentado por la suerte de su cadáver.

También el adjudicar funciones a órganos que no les corresponden, es una fantasía imperdonable por extremadamente peligrosa, cuyo corolario es el extravío de la verdad. Taxativamente el poeta condena tal propósito en el canto cuarto, y así en su verso 386 podemos leer: *proinde animi vitium hoc oculis adfingere noli*. Como se echa de ver es éste un verso donde la expresión del contenido se ha cuidado muy mucho, de manera que debe presumirse nos encontremos ante una enseñanza inesquivable de la doctrina. *Proinde* quiere enlazar íntimamente con los asertos que preceden de suerte que ya en la misma abertura nos encontramos con una soldadura bien establecida que no nos consiente el desvío; en el cierre del verso está el verbo con su forma imperativa, haciendo patente el ambiente de diálogo en el cual el poema quiere moverse, además del rasgo de encarecimiento que se desprende de la propia conmoción con la que el poeta parece dirigirse al alumno en este punto, y en el centro, la apasionada defensa de los ojos, cuyo importante papel en la teoría del conocimiento epicúreo es de sobra conocido. En consecuencia, resulta un atropello atribuir a los sentidos inexactitudes que, únicamente, corresponden al *animus*: esto es lo que Lucrecio quiere afirmar aquí con *adfingere*. Por tanto, quede bien claro, de otra parte, que el ejercicio de la imaginación o de la mente, cuando no se atiene estrictamente a los presupuestos proclamados por Epicuro, entraña un grave peligro para el hombre, que puede, incluso, llegar a postergar, como es el caso del III, 882-883, nada menos que el elemento segundo del cuadrifármaco. Y es en esta circunstancia cuando tal ejercicio merece la severa condena que el poeta le endosa.

También *fingere* puede suponer un atropello a la santa paz de los dioses y en defensa de su perfecta «ataraxia» Lucrecio se ve en la necesidad de salir al paso de los frutos de la imaginación. Efectivamente, ésta puede llegar a forjar la creencia de que los parajes están habitados por seres sobrenaturales, por ejemplo. En IV, 581 escribe: *haec loca capripedes satyros nymphasque tenere / finitimi fingunt*: tal aseveración, falsa a todas luces, subrayada por el papel que desempeña la aliteración, además de resultar irreverente para con las potencias divinas, se origina en el desconocimiento clamoroso de la naturaleza del eco: por tanto, la ignorancia de un hecho acústico se transforma en ficción, tomando así carta de ve-

porque le duele al preverla, pues lo que no turba hallándose presente, en vano nos duele su espera», tomado de R. Mondolfo, *El pensamiento antiguo*, t. II, Buenos Aires, Losada, p. 95. Por nuestra parte llamamos la atención acerca de *inscius* (v. 878), *proposuit... futurum... uti...* (vv. 879-880), *fore* (v. 885) y la reducción al absurdo que cierra este pasaje del libro III como felices traslaciones de Lucrecio de lo dicho por Epicuro.

cidad entre los hombres, inconscientes de hasta dónde alcanza su extravío. La ficción puede llevar incluso a la creencia en seres monstruosos y fabulosos, a la que nos referiremos más abajo, con el objeto de no romper el hilo de la presente exposición. Mucho más ceñidas a la teología quedan las dos descalificaciones de *fingere*, contenidas en pasajes lucrecianos, en los que el poeta arremete contra la noción de providencia, que considera blasfema por atentar directamente contra la excelsa beatitud de la vida divina, defendida aquí y allí a lo largo de su poema⁸. No se trata ahora ya sólo de ficciones de lugareños, sino de peligrosas afirmaciones de la docta ignorancia. Estos renglones de Lucrecio apuntan a una discusión que debió de ser vital en las escuelas filosóficas de la Antigüedad. Nos encontramos en estos versos con una especie de *De fato*, desde la otra esquina de la disputa, si se nos permite expresarnos de esta forma. En V, 146 el escritor defiende apasionadamente la «ataraxia» divina y en el verso 155 promete la sección teológica de su obra con estos términos: *quae tibi posterius largo sermone probabo*⁹; e, inmediatamente, el poeta descalifica cualquier hipótesis providencialista, tanto la de una especulación finalista como, en su caso, la de un culto teleológico¹⁰. *Cetera de genere hoc adfingere et addere, Memmi, / desiperest*: más no cabe en menos; el cierre con *desiperest* ahorra cualquier apostilla acerca del concepto en que tiene la idea de providencia el epicureísmo, encarnado en *De rerum natura* por el poeta fiel creyente de los dioses que moran en los «intermundia». Ya en el libro II y en sus versos 175 y 176 Lucrecio ha tenido que atajar la opinión de los *ignari materiai*¹¹, que llevados de su desconocimiento del curso de las cosas, rozando en su osadía el límite de lo que puede ser consentido, abogan por una intervención actuante de los dioses en la presente combinación atómica. El reproche no se hace esperar y ya en 174 empieza: ... *quorum omnia causa / constituisse deos cum fingunt, omnibu' rebus / magno opere a vera lapsi ratione videntur*. De nuevo la ignorancia y la ficción aparecen unidas indisolublemente. Pero aquí surge también el tema del extravío del camino tan frecuente en las secciones polémicas de Lucrecio y esta combinación de elementos descalificatorios parece subrayar la importancia capital de lo defendido y de lo denostado.

Mas los peligros de la ficción no se detienen en este punto: hay todavía muchos instantes en los que la aparición de ésta puede dar al traste con lo logrado gracias a la paciente tarea del maestro. Ocasiones hay en las que las conjeturas de la imaginación pueden basarse en algún que otro

⁸ Por ejemplo, III, 18 ss. y VI, 69 ss.

⁹ Desgraciadamente esto no ha llegado hasta nosotros, como es bien sabido, lo mismo que el que tal circunstancia ha dado lugar a multitud de elucubraciones que no hacen al caso ahora.

¹⁰ Las desaprobaciones más contundentes del culto se han producido antes, concretamente en I, 80 ss. y III, 51-54.

¹¹ En II, 167. Los comentaristas están de acuerdo en que la alusión se dirige a los estoicos.

principio «científico» y aquí también el epicúreo de pro debe salir al paso. Unas líneas más arriba hemos aludido a la creencia en animales fabulosos cuales los centauros, las escilas, las quimeras. Esta patraña es condenada sin paliativos a partir del verso 907 del canto quinto: *quare etiam tellure nova caeloque recenti / talia qui fingit potuisse animalia gigni, / nixus in hoc uno novitatis nomine inani, / multa licet simili ratione effutiat ore... / tum...*, pasaje que por su contundencia deja poca oportunidad al comentario¹².

Este mismo procedimiento es usado para despachar las discrepancias acerca de los aspectos controvertidos en la disputa científico-filosófica y en la oposición a la búsqueda de excesivas explicaciones causales de los hechos, en especial cuando Epicuro no se ha pronunciado taxativamente al respecto a favor de una o de algunas de ellas. En este apartado tendría que figurar V, 713-714: *ut faciunt, lunam qui fingunt esse pilai / consimilem*¹³. La desaprobación de los presupuestos estoicos en la discusión contenida en I, 1083 y siguientes se cierra espetando a éstos: *propterea quoniam non omnia corpora fingunt / in medium niti*. Se recurre también a este verbo para designar la incalificable postura de los otros filósofos, que agudiza la obligación de Lucrecio, y su calidad de intérprete fidedigno de Epicuro, de salirles al paso. Y así leemos los siguientes versos del canto primero, transidos de esta preocupación: *illud in his rebus ne te deducere vero / possit, quod quidam fingunt, praecurrere cogor*¹⁴, en los que la tensión corre entre *vero* (combinándose aquí también el susodicho tema del extravío) y *fingunt*, cuyo sujeto es el siempre inquietante *quidam*, que guarda una carga más dañina en su indeterminación aparente que la que hubiera tenido la designación con nombres propios de los otros pensadores. Si esto hemos encontrado en 370 y 371, más adelante, en 915 y siguientes de este mismo canto primero, el poeta se ve en la precisión de poner en guardia a Memmio respecto de las consideraciones poco acordes, y por tanto inexactas, sobre el átomo por parte de las otras escuelas: *denique iam quaecumque in rebus cernis apertis / si fieri non posse putas, quin materiai / corpora consimili praedita fingas, / hac ratione tibi pereunt primordia rerum: / fiet ut...* En esta misma línea debe colocarse I, 847: *adde quod imbecilla nimis primordia fingit*.

En buena ley hay que reconocer que en I, 709 *fingere* no cobra ningún valor polémico. Su significación de «formar», «crear», salta a la vista: *... aut umorem quicumque putaverunt / fingere* se lee en los pasajes dedicados a la discusión en torno de los elementos. Hay, es cierto, una dispari-

¹² Nótese, además, en el prólogo del canto quinto y remachando la muy verosímil inyectiva contra los estoicos tomando como pretexto para ello la figura de Hércules, la ironía contenida respecto de estos animales en 36 ss.

¹³ Los comentaristas son unánimes al remitir aquí a la carta a Pitocles, escrita por Epicuro.

¹⁴ En I, 370-371.

dad de escuelas, pero no una violenta descalificación de la doctrina contraria con el verbo *fingere* de por medio. Admitido y remachado esto, parece muy probable, no obstante, que no sea tan inocua su aparición aquí. Efectivamente, nos hallamos ante una juntura, aparentemente inocente, pero que puede ser a un tiempo una *praeparatio* del durísimo reproche dirigido al quehacer filosófico de las otras escuelas y que alcanza su momento culminante en el cierre de la discusión acerca de la cuestión tan vital para el pensar antiguo de los elementos, hace un instante mentada: *ignibus ex ignis, umorem umoribus esse, / cetera consimili fingit ratione putatque* ¹⁵. Si el pasaje primero se cerraba con la alusión al extravío, éste identifica la tarea especulativa con la ficción, quedando ambas empalmadas por *-que* , a fin de que no quede duda ninguna, y abrazando las dos *ratione* . Creemos que un pasaje es eco del otro, aunque lo apodíctico en este sentido pueda no ser meridiano, mas resulta sugerente y revela la desconfianza radical hacia la especulación y el pensamiento mantenida por el epicureísmo en general y Lucrecio en particular como fiel ortodoxo. Si lo dicho aquí no está desorientado a su vez, y reconociendo que distintas *praeparationes* pululan por el poema, tendríamos entre las manos los textos más duramente críticos y polémicos de Lucrecio, pese a la engañosa e innegable medida aparente del primero de ellos.

El desconocimiento de la verdadera doctrina¹⁶ trae como consecuencia el sobresalto por lo que ha de venir. Si el ser humano estuviese atento a las enseñanzas del profeta, ninguna fantasía turbadora de su «ataraxia» podría asaltarle. Ahora bien, el hombre deja vagar su imaginación y su pensamiento queda en demasía libre y al igual que esta disposición crea monstruos, arremete contra la sagrada paz de los bienaventurados sobrenaturales o añade un *plus* de admiración a aquellos a quienes se le ofrece, también despierta en su interior las obscuras fuerzas del temor¹⁷. Por tres veces Lucrecio y con idénticas palabras repite la imagen de los humanos que se asemejan a los niños que temen en la obscuridad de la tiniebla, olvidando aquéllos el recto y sublime saber de Epicuro. En II, 55 y siguientes tenemos: *nam veluti pueri trepidant atque omnia caecis / in tenebris metuunt, sic nos in luce timemus / interdum, nilo quae sunt metuenda magis quam / quae pueri in tenebris pavitant finguntque futura. /*

¹⁵ En I, 842-843.

¹⁶ En I, 75 ss. es fundamental y revela el contenido de la sublime enseñanza: *unde refert nobis victor quid possit oriri, / quid nequeat, finita potestas denique cuique / quanam sit ratione atque alte terminus haerens* . Las consecuencias del rechazo de este saber pueden verse en I, 595 ss.; V, 88 ss y VI, 64 ss. Uno comprende que con esta revelación exhaustiva huelguen para el epicúreo la especulación, la conjetura, el raciocinio y, desde luego, la cábala sobre el futuro. El fragmento 266 de la colección de Usener no deja lugar a duda ninguna. Cf. también en Lucrecio III, 945.

¹⁷ Por ejemplo, la descripción del prólogo del libro III, con un acertado juego de claroscuros en los que acaba por imponerse la clara luz del saber de Epicuro, muy superior a la del sol.

Hunc igitur terrorem animi tenebrasque necessest / non radii solis neque lucida tela diei / discutiant, sed naturae species ratioque y así este vivo contraste de obscuridad y luz, ceguera y contemplación se repite en III, 87 y siguientes y VI, 35 y siguientes. Nótese, en primera instancia, la baza jugada por la aliteración en *fungunt... futura* que subraya en elementos verbales fundamentales toda la orquestación del fragmento a base de repeticiones de palabras, sonidos, ecos, disposiciones... El primer texto de los tres remata el prólogo del libro II y, por tanto, hace referencia a la baqueteada existencia de aquellos que llenos de ambiciones y de pasiones hacen zozobrar sus vidas y viven de espaldas a la doctrina que Lucrecio muestra ahora. El segundo pasaje cierra la discusión en torno a la existencia del Aqueronte¹⁸ y, en consecuencia, tiene que ver con lo absurdo del miedo a la muerte; y el último grupo de versos se lee en melodía parecida a la del libro II, cuando Lucrecio lamenta la tortura del hombre que siente revolverse en sus adentros el océano de las ondas amargas de la existencia. Queda claro, a nuestro modo de entender, que este pasaje tan repetido —no es baladí y queda al servicio de puntos esenciales de la doctrina y, desde luego, del innegable humanismo del autor.

El pasaje que puede ser más controvertido está en II, 244, en el que Lucrecio defiende la teoría del «clinamen»¹⁹. Tal vez se hace eco el escritor aquí de alguna crítica dirigida a él o al conjunto de la escuela en este punto discutido y discutible de la prédica epicúrea. *Nec plus quam minimum ne fingere motus obliquos videamur / et id res vera refutet*. El tono resulta algo distinto, la necesidad de justificación parece evidente y, de una vera, se intenta probar la congruencia de la doctrina, y, de otra, se recurre al inapelable reconocimiento de la realidad verdadera (*res vera*). En cualquier caso, el «clinamen» no puede ser identificado con una ficción y ésta es la afirmación que Lucrecio quiere prevalezca.

Cabe, por tanto, resumir ahora que cuando Lucrecio emplea *fingere* (o *adfingere*) quiere indicar un contenido filosófico o interpretativo ajeno a la realidad, o sea a los presupuestos epicúreos, que desvía de la verdadera doctrina y de su fruto. Este uso es tan abrumadoramente predominante y su aparición acontece en momentos tan culminantes para el desenvolvimiento de su propuesta y del carácter de irrefutable que la preside, que invita a pensar en una utilización calculada de su alcance. De

¹⁸ Frente a III, 25: *at contra nusquam apparent Acherusia templa*; la tozudez humana —reflejada en los versos siguientes— culmina, pese a todo, en el verso 86 con el falso intento de esquivar el Aqueronte inexistente: *vitare Acherusia templa petentes*.

¹⁹ Discutible por cuanto esta teoría escapa en buena medida al control de los sentidos. Cf. en primera instancia el artículo de Bignone, «La dottrina epicurea del clinamen», en *Atene e Rome*, de 1940. De todas formas es muy elocuente la singularidad y tacto empleados en la expresión por Lucrecio, *ne fingere... videamur*, lo cual puede ser indicio de un hallazgo tardío de Epicuro y, en todo caso, de un punto sumamente controvertido de la doctrina y de la discusión filosófica de aquel entonces.

otra parte, el cuidado de estilo y composición que pone el poeta, nos hacen entender que la afirmación en dichos versos expresada forma parte del cuerpo de la doctrina de una manera esencial.

Por todo lo escrito hasta ahora no parece descaminado pensar que este tinte «lucreciano» de *fingere* y, en especial, los últimos cuatro pasajes citados, han estado en el ánimo de Cicerón, cuando entra en polémica con el epicureísmo en la cuestión del «clinamen». Desde luego, Cicerón arremete contra esta teoría en más de una ocasión, pero mientras el conjunto de la crítica es en *De fato* ²⁰ más contenido, menos hiriente, no puede decirse igual de la discusión trabada en *De finibus bonorum et malorum* ²¹, en donde Cicerón hace gala de una implacable y demoledora crítica, aparentemente inocua, pero en el fondo sangrante, porque al despertar precisamente en el lector el recuerdo de pasajes lucrecianos cobra de pronto una impensada virulencia. El núcleo de la argumentación ciceroniana suena como sigue: *nam et ipsa declinatio ad libidinem fingitur* ²² (*ait enim declinare atomum sine causa, quo nihil turpius physico quam fieri quicquam sine causa dicere*), pasaje en el que no parece descabellado advertir cierta animosidad, en especial por lo que antecede y continúa. Efectivamente, unas líneas más arriba Cicerón espeta: *quae cum tota res ficta sit pueriliter non efficit quidem quod vult* . A más de la reducción al absurdo, en ningún caso exclusiva del epicureísmo que parece desear se disiparan todas las ficciones de las otras escuelas como las combinaciones inestables de los simulacros, ¿cómo no recordar y evocar aquí los pasajes lucrecianos del *pueri pavitant y fingunt... futura* , que parecen buscados a propósito por la feliz —polémicamente hablando— juntura ciceroniana de *ficta... pueriliter* , además del valor cobrado por *res* en la discusión por el juego contradictorio de los adjetivos que a ella refieren Lucrecio de un lado y Cicerón del otro. Y Cicerón no se conforma con esto, sino que remacha el pasaje con una ironía que bordea la crueldad dialéctica: *et illum motum naturalem omnium ponderum, ut ipse constituit, e regione inferiorem locum petentium, sine causa eripuit atomis: nec tamen id cuius cau-*

²⁰ Nos referimos a *commenticias declinationes* del 48 y al anterior *commenticia declinatio* del 23. Los adjetivos pueden ser polémicos respecto del *vera* (referido a *res*) en Lucrecio. Cabe puntualizar que la crítica alcanza a los epicúreos, pero también al propio Epicuro. Sin embargo, que las hostilidades quedan abiertas se echa de ver cuando Cicerón escribe: *hanc Epicurus rationem induxit ob eam rem, quod veritus est ne...* Hay otras expresiones en que Epicuro es el sujeto del verbo *vereor* : ¡Epicuro siente temor! Además de este pasaje 23, cf. el 21: *ut... Epicurus veretur ne...* ; el 19, *Licet Epicuro concedenti... non vereri ne...* , y el 18, *Epicurus fatum extimescat* . Sobre este aspecto la crítica sí es sangrante.

²¹ Cicerón habla en I, 19 (de donde está extraído el texto citado) de *rem commenticiam* , que parece aún más evidente que lo mencionado en la nota precedente. Desde luego, « *commenticius* » no es palabra lucreciana. Nótese también la tensión causada por la definición de Epicuro como *homo acutus* .

²² En su comentario a la obra de Cicerón, James S. Reid (reproducido por G. Olms en 1968) se limita a decir respecto de *fingere* : « *The very word wich is deprecated by Lucretius* » (2, 244).

sa haec finxerat assecutus est. Además de reconocer el profundo conocimiento de Cicerón del *De rerum natura*, cual cabe esperarlo de quien es su editor, también hay que resaltar la penetración de su crítica que no da cuartel al rival, aunque aparentemente dé la impresión de inocua en su expresión, mas en el fondo Cicerón devuelve a Lucrecio palabras, sentidos e intenciones de forma implacable. También —viene a decir Cicerón— el epicureísmo que tanto de ficción reprochó a las otras escuelas, recurre, presto, a una para asentar un punto neurálgico de su saber, al menos tal y como es defendido por Lucrecio; incluso, llegado el momento, el epicureísmo «fingía» como fingen los niños y era susceptible a su vez de quedar reducido al absurdo. El mentís a la doctrina epicúrea estaba concluido. La crítica epicúrea se había vuelto contra los mismos epicúreos. Un fracaso más de esta doctrina de la Antigüedad, sellada por el trágico sino de la «ataraxia» inalcanzada.